

Fatigados, pero no desalentados por aquellos entorpecimientos, los batallones de aquellas milicias burguesas desfilaban por los muelles ó los bulevares: andando, contemplaban las grandes vías, antes tan animadas y ahora desiertas, los comercios cerrados, los sconvoyes de armas, las patrullas que se cruzaban, las camillas en que se transportaba á los heridos: ante tal espectáculo hubo algunos que, con el pretexto de algún pariente que ver ó algún negocio que arreglar, abandonaron furtivamente las filas; pero casi todos permanecieron fieles á su deber. El presidente de la Asamblea, Senard, recibió sucesivamente á los delegados de aquellas legiones: los representantes de sus departamentos respectivos salían al peristilo del Palacio Borbón y les estrechaban la mano en nombre de la patria; luego, aquellas tropas improvisadas eran conducidas á sus puestos de guardia, á sus posiciones de combate. Las guardias nacionales de Pontoise, Amiéns y otras tomaron parte aquella misma tarde en la lucha. Aquel concurso de todas las personas de bien, aquella unanimidad de todas las abnegaciones parecía mayor garantía de victoria que los éxitos obtenidos. En medio de aquel sentimiento de triste y firme confianza se acabó la jornada. Sólo algunos alarmistas conservaban todas sus aprensiones, no cansándose de repetir que toda insurrección que dura adquiera por lo mismo consistencia, y que cuando se prolonga tres días, el tercero es con frecuencia el día de su triunfo; y recordaban con supersticioso temor las tres jornadas de 1830 y las tres jornadas de Febrero.

III

Una serie de combates terribles en el faubourg del Temple; un ataque no menos sangriento en el faubourg de San Antonio; un odioso asesinato en la barrera de Fontainebleau; luego el sacrificio de un augusto pontífice que se inmoló para el restablecimiento de la paz civil; el poder fluctuando un instante entre las medidas de clemencia y las medidas de represión; una noche empleada en negociaciones estériles entre los rebeldes que querían la amnistía y la autoridad que exigía la sumisión; la represión triunfando al fin; un ataque supremo resuelto por la mañana y consumando la ruina de los insurrectos; la Asamblea y el país dando gracias á Dios por la insurrección vencida y llorando por las víctimas; las libertades públicas arrojadas unas tras otras para colmar el abismo de la anarquía: tales son los diversos aspectos del drama que va á terminar, drama lamentable que tenemos el deber de referir.

El 25, al amanecer, Lamoricière reanudó la lucha en el vasto campo de batalla que se extendía desde el faubourg Montmartre hasta el arrabal de San Antonio. Al extremo izquierdo de la línea de operaciones, es decir, al Norte de la ciudad, obtúvose un resultado decisivo. El general Lebreton logró, en efecto, hacerse dueño de las terribles barricadas de las barreras de Rochechouart y Poissonnière, barricadas tantas veces tomadas y vueltas á tomar, tantas veces destruidas y reedificadas. No sin esfuerzo pudo conservarse este terreno conquistado. La tropa, la guardia nacional parisiense y varias guardias nacionales de provincias se batieron á la vez. Hubo que establecer comunicaciones de casa en casa á fin de llegar cerca de las barricadas y

dominarlas con un fuego nutrido que desalojaba á los defensores. Tomadas las barricadas, varios insurrectos se refugiaron en una habitación, donde continuaron defendiéndose hasta que fueron hechos prisioneros; y era tal la indignación de la guardia nacional que al representante Lacrosse, que llegó en aquel momento, le costó trabajo impedir que fuesen fusilados en el acto (1). El cercado de San Lázaro cayó en poder de las tropas, y el general Lebreton libertó á La Chapelle de la anarquía que reinaba desde hacía cuarenta y ocho horas en este desgraciado pueblo suburbano. En el faubourg del Temple, Lamoricière, menos afortunado que Lebreton, agotaba sus fuerzas en encuentros siempre sangrientos y á menudo estériles. Las calles de Malta, Angulema y Grange-aux-Belles, y los bordes del canal de San Martín eran teatro de luchas en que el ataque y la defensa desplegaban igual ardor. La duración y encarnizamiento de la batalla acallaban, aún en las personas más moderadas, los sentimientos ordinarios de humanidad. El mismo general Lamoricière no escapó á aquella excitación: su despecho era grande en presencia de aquel barrio que desde hacía tanto tiempo tenía en jaque su valor y su energía: á medida que las horas transcurrían, su irritación aumentaba, é interrogaba con ansiedad al horizonte, desesperado de poder tomar antes de la noche el barrio de San Antonio é inferir á la insurrección el golpe fatal que meditaba.

La principal operación militar de la jornada estaba reservada al cuerpo de ejército reunido en el Hotel de Ville.

Libre por sus flancos, el palacio municipal continuaba amenazado al Este por las masas insurrectas que desembocaban del barrio de San Antonio. Había que penetrar al fin en el temible arrabal, operación peligrosa y que más pareció una batalla que un episodio de guerra civil.

El arrabal de San Antonio era la verdadera ciudadela de la insurrección. El 23 por la mañana empezó á cundir por él una extraordinaria agitación; la plaza de la Bastilla estaba erizada de barricadas; habían sido maltratados los tambores que batían llamada; los guardias nacionales convocados en la octava alcaldía sólo se habían reunido en pequeño número y aún habían manifestado disposiciones equívocas (2). Testigos espantados de aquel estado de cosas, el alcalde y los tenientes de alcalde del distrito se habían apresurado á señalarlo. Pidieron al ministro del Interior, que estuvo allí á las diez, un batallón para la protección del barrio. Fiel á su sistema de concentración, el general Cavaignac no envió tropa alguna. Pero mandó allí al representante Beslay, que vivía en la calle de Tournelles y pasaba por influyente entre los obreros, dándole por escrito plenos poderes para la pacificación del distrito (3).

Beslay, llegando solo, era un flaco refuerzo para la causa del orden. Sin embargo, á pesar de las disposiciones de Cavaignac, un batallón del 18.º ligero que se dirigía hacia el Hotel de Ville había sido retenido en la

(1) *Información parlamentaria*, tomo I, pág. 299.

(2) Declaración de Moreau y declaración de Richard, el primero ex alcalde y el segundo alcalde del octavo distrito (*Información parlamentaria*, tomo I, págs. 325 y 342).

(3) Carlos Beslay, *Mes souvenirs*, pág. 182.

plaza de los Vosgos. En la mañana del 24 este batallón fué, como hemos dicho, envuelto y desarmado. La alcaldía del octavo distrito había caído en poder de los insurrectos; Lacollonge, redactor en jefe de *La organización del trabajo*, se había instalado en ella, dando órdenes y tratando de crear una autoridad insurreccional. Todo el vasto espacio comprendido desde el circuito de Saint-Gervais, á unos cuantos centenares de metros del Hotel de Ville, hasta la barrera del Trono se hallaba, pues, en poder de la sedición.

Los insurrectos del arrabal de San Antonio tuvieron sobre los de los otros barrios una inmensa ventaja. Transcurrieron más de veinticuatro horas sin que fuesen atacados. Tuvieron, pues, tiempo de multiplicar y concertar sus medios de defensa. La mayor parte de las casas fueron fortificadas, estableciéndose comunicaciones entre ellas; las barricadas eran verdaderas fortalezas de adoquines, almenadas, provistas de troneras y fosos. Instaláronse dos fábricas de pólvora, una en la calle de Menilmontant y otra en un pasaje entre las calles de Charenton y del Faubourg de San Antonio (1). Preparáronse castañas llenas de trementina para facilitar el incendio (2). Deseosos de completar sus medios de defensa, los insurrectos hasta invadieron el taller de un mecánico de la avenida de Parmentier y trataron de fabricar cañones (3).

A este aparato de defensa preparado de un modo tan formidable no le faltaban soldados. Los que, fundándose en el recuerdo de las antiguas insurrecciones, contaban con la sensatez del arrabal de San Antonio, tuvieron un cruel desengaño. Diversas causas habían creado y alimentaban allí el espíritu de sedición. Dos clubs de una extrema violencia, el de la calle de Montreuil y el de los Antoninos, predicaban abiertamente la anarquía. La causa del desorden tenía sus jefes, jefes oscuros, sin nombradía, sin prestigio, pero no sin influencia: estos jefes eran Lacollonge, el mecánico Racary, el contratista de andamiajes Desteract. Añádase á esto el lenguaje de los periódicos incendiarios, la excitación producida por las promesas y el despecho causado por las decepciones. Muchos hombres del pueblo habían sido elegidos oficiales de la guardia nacional, y creyendo complacer á los que les habían elegido, se afiliaban á la insurrección (4). Los verdaderos obreros, los que en tiempos de tranquilidad vivían de su trabajo, estaban también descontentos: la industria de la ebanistería, que era su principal ocupación, había sufrido, como todas las demás, las consecuencias de los trastornos generales; por otra parte, el dinero confiado á las cajas de ahorro únicamente les era reembolsado en un tanto por ciento; privados á la vez de una parte de sus salarios y de sus economías, imputaban, no sin razón, al

(1) Consejos de guerra, proceso Desteract, declaración de Deschamps (*Gazette des Tribunaux*, números de 14-17 de febrero de 1849). *Información parlamentaria*, declaración de Allard, tomo I, pág. 221.

(2) Consejos de guerra, proceso Racary (*Gazette des Tribunaux*, número de 27 de agosto de 1848).

(3) Consejos de guerra, proceso Desteract, declaración de Pillet (*Gazette des Tribunaux*, números de 14-17 de febrero de 1849).

(4) Consejos de guerra, proceso Jacquinet, declaración de Bourdon, coronel de la octava legión (*Gazette des Tribunaux*, 3 de septiembre de 1848).

gobierno sus apuros ó su miseria (5). Lo que agravaba el peligro era que aquel desdichado arrabal, privado de toda comunicación con el resto de la ciudad, no recibía más que noticias escasas, dudosas ó exageradas. No se sabía sino lo que los cabecillas del movimiento tenían interés en dejar transpirar; y éstos anunciaban la sublevación de las provincias, la llegada de Caussidière, su triunfo próximo: como si la victoria fuese segura, hacían circular el rumor de que ya se había formado un nuevo ministerio (6). Estos rumores, acogidos con credulidad, daban fortaleza á los ánimos. En cuanto á las personas de bien é ilustradas, se sentían objeto de sospechas, vigilados, casi prisioneros, y esperando con ansiedad la llegada de las tropas, sólo procuraban hacerse olvidar mientras tanto.

Tal era el barrio que, en la mañana del 25 de junio, el general Duvivier tenía la misión de vencer ó obligar á la sumisión.

Cerca de las nueve, el general formó dos columnas de ataque. La primera, confiada al coronel Regnault y compuesta de una porción del 48.º de línea y de considerables destacamentos de la guardia móvil, tenía orden de dirigirse hacia la Bastilla, pasando por el circuito de Saint-Gervais y la calle de San Antonio; la segunda, cuyo mando había conservado el general Duvivier; había de dirigirse al mismo punto por los muelles del Sena y las calzadas del canal de San Martín.

El coronel Regnault se puso en marcha; pero sus primeros pasos fueron muy difíciles, pues la fachada oriental del Hotel de Ville daba á una serie de callejones tortuosos y de casas elevadas, tales como la calle de la Tixeranderie, el *pourtour* Saint-Gervais y la calle de Baudoyer; este dédalo de callejuelas se hallaba cortado, á la derecha, por la calle de las Barras, la del puente de Luis Felipe y la de Geoffroy-Lasnier, y á la izquierda, por las calles de Cloche-Perche y de Tirón. Las casas de cada una de estas calles estaban ocupadas por insurrectos y unidas por medio de comunicaciones interiores; se habían puesto colchones á las ventanas, y al abrigo de ellos se disparaba un fuego graneado sobre la tropa. Las barricadas, apoyadas unas en otras, cerraban todos los pasos. Fué preciso, á costa de mucha sangre y de heroicos esfuerzos, destruir aquellos obstáculos, ocupar aquellas casas, desarmar ó poner en fuga á los insurrectos (7). Los soldados se apoderaron de la alcaldía del noveno distrito, y llegaron luego, después de una larga y penosa lucha, á la esquina de las calles de Jouy y de San Antonio. Pero allí se alzaban nuevas barricadas y surgieron nuevos obstáculos. Aún no se habían alejado más que algunos centenares de metros del Hotel de Ville y ya habían transcurrido largas horas. En esto sobrevino un acontecimiento doloroso, que añadió un drama más á los numerosos dramas de aquella terrible lucha. Acababan de presentar un prisionero al coronel Regnault; mientras éste le interrogaba, aquel hombre sacó de pronto de debajo su blusa

(5) Declaración de Richard, alcalde del octavo distrito (*Información parlamentaria*, tomo I, pág. 342).

(6) Consejos de guerra, proceso Racary; proceso Lacollonge (*Gazette des Tribunaux*, 27 de agosto de 1848; 28 de abril de 1849).

(7) Carta de Marrast al presidente de la Asamblea nacional (*Monitor*, pág. 1499).

una pistola con la cual hizo fuego á quema ropa contra el coronel, que cayó muerto precisamente en el instante mismo en que le llegaba el nombramiento de general. A la noticia del asesinato de su jefe, la tropa, y sobre todo la guardia móvil, sintió crecer su exasperación; fueron en seguida fusilados varios prisioneros, rematados los heridos, y la persecución revistió un carácter implacable. Penetraron al fin en la calle de San Antonio. A las tres, la alcaldía del octavo distrito cayó en poder de las tropas. Antes de las cuatro, la columna desembocaba en la plaza de la Bastilla, hasta entonces victoriosa, pero extenuada de fatiga, diezmada por el fuego del enemigo, ebria de la sangre que, á su vez, había vertido.

La columna dirigida por el general Duvivier había tenido una marcha tan difícil y sangrienta como la del coronel Regnault. Apenas había abandonado el Hotel de Ville cuando experimentó una gran pérdida. En el muelle de la Grève, á la altura del puente de Luis Felipe, el general recibió un balazo en el pie y tuvo que resignar el mando. Esta herida, que desde luego no pareció grave, se hizo luego mortal. De espíritu elevado, imbuido en una especie de misticismo, Duvivier hacía aquella guerra con un corazón firme, pero con una inmensa tristeza. Se ha dicho que en medio de los sufrimientos de sus últimos días se interesaba por la suerte de aquellos obreros que le habían ocasionado la muerte (1).

La tropa, privada de su jefe, continuó pronto su ruta, siendo alcanzada un poco más arriba por el general Négrier, encargado de reemplazar á Duvivier y destinado como él á una muerte próxima. Siguió por el muelle de los Olmos, destruyendo las barricadas de las calles vecinas, pero expuesta al tiroteo que partía tanto de las casas de la derecha del río como de la isla de San Luis. Fueron despejados los cuarteles del *Ave María* y de los *Celestinos*. Cada paso adelante costaba crueles sacrificios. Así llegaron las tropas al barrio de San Pablo, que había sido testigo de las atroces luchas del siglo xv, pero que nunca había visto desplegarse en días más siniestros el lúgubre aparato de la guerra civil. La columna se batió en la calle de Sully y en las cercanías del *Granero de la abundancia*; llegó finalmente al canal de San Martín, y desembocó á su vez en la plaza de la Bastilla.

Los rebeldes habían concentrado en esta plaza todas sus fuerzas. Una vasta red de barricadas defendía la entrada de la calle de la Roqueta, del Faubourg de San Antonio y de la calle de Charantón, cerrando así el paso á las tres grandes arterias que penetraban en los barrios sublevados. Tales construcciones, consolidadas con tiempo, eran á prueba de artillería. Y aún después de tomadas aquellas fortificaciones, los soldados habían de encontrar otros obstáculos serios, pues de trecho en trecho, en dichas tres vías, se alzaba una serie de barricadas, destinadas á cubrir palmo á palmo el arrabal. Los veteranos que habían hecho ó estudiado las guerras del Imperio contemplaban con estupor aquellas formidables fortalezas, recordando las poblaciones españolas que, á ejemplo de Zaragoza, disputaron al enemigo, muro tras muro, los restos de su ciudad. Los in-

(1) Daniel Stern, *Revolución de 1848*, tomo III, pág. 223.

surrectos, parapetados detrás de los adoquines ó detrás de las casas, hacían fuego sobre la tropa. Esta veía el humo, oía los tiros y el silbido de las balas, pero no veía á los que tiraban. No se oía tampoco ningún grito, ni la más pequeña manifestación de entusiasmo; reinaba el silencio más absoluto detrás de aquellos parapetos que ocultaban la muerte; aquella insurrección ardía sin llama, como el metal en fusión.

La artillería de los combatientes abrió el fuego contra las barricadas. Pero los proyectiles apenas hacían mella en las obras de defensa. Mientras tanto, la muerte multiplicaba sus víctimas. El general Négrier estaba inquieto de no ver la columna de Lamoricière desembocar por los bulevares. De pronto recibió un balazo y expiró casi en seguida. Al mismo tiempo fué herido á su lado el representante Charbonnel. La Asamblea, en sesión permanente, recogía con ansiosa curiosidad las noticias de la batalla; y estas noticias, á la vez consoladoras y crueles, causaban profunda emoción. A las cinco, Marrast, que se había quedado en el Hotel de Ville, más cerca del teatro del combate, escribió á Sénard: «Jamás los empedrados de París se tiñeron con tanta sangre (2).» Y por la noche, el mismo Sénard, hablando á sus colegas, dejó caer de sus labios estas tristes palabras: «Casi me niego á decir á qué precio se han obtenido nuestras ventajas (3).»

Mientras el general Lamoricière combatía en el arrabal del Temple; mientras las tropas del Hotel de Ville avanzaban hacia el arrabal de San Antonio, ¿qué ocurría á la izquierda del río?

Hemos dicho que el día antes todos aquellos barrios habían sido casi enteramente tomados por las tropas. En la mañana del 25 numerosas patrullas recorrían las calles sin encontrar serios obstáculos. Los representantes Ludre, Troussard y Vaulabelle fueron designados para administrar el duodécimo distrito. Ya no se encontraba resistencia sino en las inmediaciones del Jardín de Plantas y en los bulevares exteriores. Todo auguraba un pronto restablecimiento de la tranquilidad.

El general Brea, investido del mando, abrigaba esta esperanza, jactándose de que ya no iba á obrar como soldado, sino como pacificador. Una circunstancia particular parecía destinarlo á representar tan hermoso papel. La Asamblea había votado aquella mañana misma un crédito de tres millones para los obreros sin recursos. Dar á conocer este decreto, cuya noticia acababa de recibir, ofrecerla á los insurrectos como garantía de pacificación, provocar así la sumisión y el arrepentimiento, tales eran los propósitos del general; su alma, tan generosa como intrépida, se complacía de antemano en semejante misión.

Cerca de las once de la mañana reunió en la plaza del Panteón un cuerpo de tropas bastante considerable, compuesto de una porción del 24.º ligero, del primer batallón de guardia móvil y de algunos otros destacamentos. Al frente de esta columna se dirigió hacia las barreras para intentar la conciliación. El éxito favoreció al principio sus designios. En la barrera de Saint-Jacques, en la de Enfer, en la de la Santé, el decreto de la Asamblea fué favorablemente acogido: oyéronse aclamaciones; toda resistencia parecía vencida. Pero cuando, continuando su marcha por el bulevar exterior, el general llegó á la barrera de Fontainebleau, encontró en los insurrectos disposiciones muy diferentes. Las entradas de las carreteras que allí convergían estaban erizadas de barricadas: una verdadera muralla de adoquines se elevaba adosada á la verja; esta verja no se abría sino por una puertecita lateral, cuya llave estaba puesta por la parte de dentro. Detrás de aquellos parapetos se habían refugiado los insurrectos arrojados el día antes de la plaza Maubert, de la calle Buffón, de los barrios de San Severino y del Panteón; eran los más resueltos y temibles y aún estaban exasperados por la derrota: con aquellos soldados de la guerra civil se habían juntado esos malhechores de profesión que la anarquía atrae con la esperanza del pillaje y de la efusión de sangre. Un comandante de la 12.ª legión, llamado Gobert, enviado delante para explorar la situación de los ánimos, fué amenazado de muerte; retrocedió y aconsejó que no se intentase una conciliación inútilmente. Alentado por el éxito de sus primeras tentativas, el general desoyó aquel consejo, y seguido de algunos oficiales, adelantóse unos cuantos centenares de metros á la columna que se quedó estacionada en el bulevar. Próximo á la barrera, se le acercó un vecino del barrio conjurándole que no se metiese entre los insurrectos: «¡Bah!, contestó el general, ¡pues no he estado en la barrera de Saint-Jacques!» Al mismo tiempo se oyeron gritos detrás de las barricadas: «¡Adelante!, decían; ¡no se os hará daño alguno!», y á través de los barrotes de la puerta de entrada se extendieron varias manos como para fraternizar. Aquellas demostraciones acabaron de enganar á Brea. Volvióse hacia el representante Ludre, que le acompañaba, y le dijo: «¿Venís conmigo?—No, por cierto», contestó Ludre, más previsora que el general. Brea se fué solo á la barrera para anunciar la votación del crédito de tres millones. Después de un momento de vacilación, los oficiales de su escolta se decidieron á seguirle, no porque compartiesen sus ilusiones, sino porque le pareció que el honor y la solidaridad militares les impedían abandonar á su jefe, aun en aquella temeraria empresa. La portezuela de la verja se abrió y pasó el general seguido de cuatro oficiales; éstos eran el comandante Desmaretz, jefe de batallón del 24.º ligero, el capitán de Estado mayor Mangin, el comandante Gobert, de la 12.ª legión, y el subteniente de la misma legión Saingeot. La masa de la columna, como hemos dicho, se hallaba estacionada un poco atrás, en el bulevar (1).

Apenas se hubo cerrado otra vez la verja, cuando el infeliz general comprendió que iba á ser, no un pacificador escuchado, sino un rehén en manos de los insurrectos y sin duda una víctima destinada á la muerte. Reinó de pronto un gran silencio: luego, del seno de la muchedumbre que llenaba el redondel de la plaza de Italia y las inmediaciones del pueblecito de Gentilly, partieron estos gritos: «¡Ya es nuestro! ¡Ya es nuestro! ¡Matadlo! ¡Muera Cavaignac!» Las mujeres se distinguían por su ardor sanguinario: «¡Fusiladlo!, ¡fusiladlo!» gritaban. A decir verdad, varios hombres bien intencionados procuraban apaciguar á la multitud, repitiendo que el general no era Cavaignac y recordando el respeto debido á los parlamentarios. Brea, por su parte, exponía á los ojos de los que le rodeaban el decreto votado aquella mañana por la Asamblea. Pero el mismo clamor feroz seguía dominando (2). Creyóse un momento que el general y sus oficiales iban á ser degollados en el acto por aquella muchedumbre exasperada, que no pensaba en las represalias que podían seguir.

El tumulto se calmó por su propio exceso. Aquellos á quienes la cólera dejaba un poco de juicio ó querían evitar un desenlace sangriento aconsejaron que los prisioneros fuesen depositados en casa del alcalde de Gentilly. Esperaban salvarlos alejándolos del teatro de la insurrección. Aquel consejo fué escuchado. Brea, seguido de Gobert, Mangin y Saingeot, fué conducido á casa del alcalde, que era dueño de un café conocido con el nombre de *Gran Salón*. El comandante Desmaretz había sido ya separado de sus compañeros por una partida de insurrectos que se le echó encima maltratándolo. Apenas los rehenes hubieron llegado al *Gran Salón*, cuando los hombres que deseaban salvarlos se apresuraron á cerrar la puerta de la calle y condujeron los cautivos al jardín de una casa vecina, cuya tapia, no muy alta, daba al campo. El teniente Saingeot, sin pérdida de tiempo, escaló el muro y huyó. El general, de más edad y menos ágil, considerando quizá que aquella evasión era indigna de él, estaba dudando. Al ir á saltar la tapia, un hombre llamado París le detuvo por el gabán diciéndole que no huyese y asegurándole que su vida sería respetada. En aquel momento, la muchedumbre, recelosa, forzó la puerta de la casa é invadió el jardín. El general y sus compañeros fueron apellados. Al comandante Gobert le apuntaron un arma que por fortuna no se disparó. A Brea le escupieron en el rostro y le arrancaron la espada. Después de lo cual, los prisioneros fueron conducidos á una de las salas del café. Un tal Bussières se acercó á la ventana y gritó, enseñando la espada del general: «¡Ya le tenemos! ¡Ya es nuestro!» La horda de miserables que se había quedado en la calle contestó con los gritos feroces que ya habían resonado en la barrera: «¡Muera! ¡Muera Cavaignac!» (3).

Los mismos hombres que ya habían tratado de salvar á los prisioneros del furor de sus enemigos no habían perdido todas las esperanzas. Entonces sugirieron la idea de hacer redactar al general una especie de manifiesto destinado á calmar la efervescencia popular. Brea se sentó y, protegido por su ayudante Mangin, que le cubría con su cuerpo, trazó las líneas siguientes: «Los infrascritos, general Brea y Ludre, declaramos haber venido á la barrera para anunciar al buen pueblo de París y de los alrededores que la Asamblea nacional ha decretado que concede tres millones á favor

(2) Proceso de los asesinos del general Brea, declaración de Tradeler y Bourse (*Gazette des Tribunaux*, números de 24 y 28 de enero de 1849).

(3) Proceso de los asesinos del general Brea, declaración de Mercier, Godefroid, Saingeot, Duvivier y Deschamps (*Gazette des Tribunaux*, números de los días 23, 24, 25 y 27 de enero de 1849).

(1) Consejos de guerra, proceso de los asesinos del general Brea. Declaraciones del comandante Desmaretz, *Gazette des Tribunaux* del 20 de enero de 1849; del comandante Gobert, número de 21 de enero; del tambor Ducellier, número del 24 de enero; de Buisson, número del 30 de enero.

(2) Carta á M. Sénard (*Monitor*, pág. 1499).

(3) *Monitor*, pág. 1500.

de la clase necesitada, y que ha gritado: «¡Viva la República democrática y social!» Esta proclama fué considerada insuficiente, y se exigió que enviaran á las tropas la orden de retirarse. El general negóse á ello desde luego: «La tropa, dijo, tenedlo por seguro, no entregará las armas como en febrero.» Los que querían evitar un crimen intervinieron de nuevo: «Pero, general, decían, ayudadnos de algún modo.» Brea pareció meditar un momento; pensó en sus bizarros compañeros que, sin participar de sus ilusiones, habían seguido generosamente su suerte, y escribió luego estas palabras: «Ordeno á la tropa que se retire; que se vuelva por el mismo camino.» Como sucede casi siempre, aquellas concesiones no apaciguaron los ánimos. Las vociferaciones, los gritos de muerte continuaron. Llegó el alcalde, y el comandante Gobert le dijo: «¿Nada podéis hacer por nosotros?—¿Qué queréis? No tengo influencia sobre esa muchedumbre exasperada.» Y, en efecto, el propio alcalde se veía amenazado (1).

Los inquilinos de la casa, ya con la esperanza de ganar tiempo, ya á fin de evitar á su morada la lúgubre nombradía de una matanza, propusieron que las víctimas fuesen conducidas al *Grand-Poste*, es decir, á un edificio situado algo más lejos en la carretera de Fontainebleau. Se hizo salir á los prisioneros, quienes, escoltados por los mismos insultadores, recorrieron aquella nueva etapa de su vida dolorosa. En el *Grand-Poste* volvieron á encontrar al comandante Desmaretz, que había sido conducido allí al abandonar la barrera, y que, injuriado, maltratado y desarmado, hacía dos horas que bregaba en medio de toda clase de ultrajes. Brea sentóse junto á una mesa; en torno de él se agruparon sus oficiales. El local se llenó pronto de hombres de rostros siniestros: tales eran Nuens, Lahr y Daix, apodado el Pobre de Bicêtre, bandidos rechazados por todos los partidos. Sin embargo, los amigos secretos del general intentaron otro esfuerzo: trataron de practicar en un tabique que daba á un jardín una abertura por la cual pudieran escapar los presos; el trabajo estaba ya empezado cuando un muchacho denunció la tentativa. Desde aquel momento quedó perdida toda esperanza. Reducidos á la impotencia, atentos á velar por su propia seguridad, los buenos ciudadanos se retiraron. Sólo quedaron en el local y en sus contornos los malhechores resueltos á los últimos excesos. Ya no discutían sobre el crimen, sino acerca del sitio en que se iba á cometer. «Hay que fusilarlos en el cuerpo de guardia, decían los unos.—No, replicaban los otros, en la explanada.—En la explanada pudieran escapar,» vociferaban los primeros. Eran las cinco de la tarde. Habían transcurrido más de dos horas y media desde que los desdichados habían pasado la barrera. Durante aquella larga agonía, el pobre general tan pronto deseaba la muerte, demasiado tarda en venir, como recordaba aquella jornada empezada en medio de las aclamaciones y que concluía en medio de los mayores ultrajes. El capitán Mangín, exasperado por los insultos, se desabrochó la levita y presentó el pecho á los asesinos: «¡Pero fusiladnos en seguida!» El comandante Desmaretz pensaba en su familia, y aquel pensamiento turbó

(1) Proceso de los asesinos del general Brea, declaración de Deschamps, declaración de Dordelin, alcalde de Gentilly (*Gazette des Tribunaux*, 23 y 25 enero).

un momento su alma, con ser tan firme. Gobert se acercó al general y le dijo: «¡Se acerca el fatal momento!» No se equivocaba. En aquel mismo instante penetró una mujer en la sala gritando: «¡La guardia móvil!» A este rumor, imaginado sin duda para precipitar el desenlace, se apuntaron los fusiles á los prisioneros y sonaron varios tiros. Brea cayó acribillado de balas. El capitán Mangín, mortalmente herido, cayó, levantóse dando un espantoso grito y volvió á caer para no volver á levantarse. Un instante de solemne silencio siguió á la primera descarga, como si la magnitud del crimen hubiese asustado á los mismos criminales. Luego atronó una segunda descarga. Varios insurrectos se acercaron á Brea y Mangín y se cebaron en sus cadáveres; un hombre llamado Lebelleguy cogió la espada del general y le pasó el cuerpo de parte á parte; Daix destrozó á culatazos el rostro del infeliz ayudante. Los comandantes Desmaretz y Gobert, el primero echado en un catre y el segundo escondido debajo de la cama, habían presenciado la horrible escena. No habían sido heridos en las descargas, pero creían llegada su última hora. Uno de los malhechores descubrió á Gobert y exclamó: «¡A fusilarlo!» Afortunadamente esta voz se perdió en medio del tumulto sin encontrar eco. En cuanto á Desmaretz, uno de los insurrectos, mostrándolo inmóvil en la cama, dijo á sus camaradas, sin duda para salvarlo: «Este ya tiene bastante; dejadlo.» Después de haber desaparecido la muchedumbre, dos habitantes del pueblo llevaron á los oficiales trajés de paisano con los cuales pudieron escapar; aquella misma noche regresaron á París y refirieron los detalles del drama de que habían sido testigos y casi víctimas (2).

El triunfo de la anarquía fué corto. La columna de ataque había permanecido inmóvil en el bulevar exterior. El coronel Thomás, que la mandaba en ausencia de Brea, no disimulaba su inquietud, y, á medida que transcurrían las horas, sus inquietudes eran más vivas. Avanzar era quizá provocar un crimen; permanecer inactivo era proporcionar á la insurrección casi rendida la ocasión de rehacerse. Varios propios que habían pasado la barrera traían informes contradictorios. El coronel pidió órdenes al cuartel general, y le contestaron que atacase el barrio si no devolvían inmediatamente á Brea. Al mismo tiempo llegó el alcalde, señor Dordelin, quién anunció que el crimen se había consumado y añadió que, no habiendo podido salvar á los cautivos, venía á constituirse prisionero. El coronel Thomás puso inmediatamente en marcha su columna: las barricadas fueron tomadas sin disparar un tiro; la guardia móvil y la infantería de línea, exasperadas por la muerte de su jefe, se lanzaron hacia la carretera de Fontainebleau y arrebataron á la insurrección las últimas posiciones que aún ocupaba á la izquierda del Sena. Gran número de habitantes de Gentilly cuidaron de protestar con su actitud contra el crimen que acababa de deshonrar á su pueblo. Pero los asesinos, aún ebrios de sangre, con un bárbaro orgullo que despreciaba toda prudencia, se jactaban de los golpes que habían asestado, ostentando como trofeos las charreteras de los oficiales, la dragona del general y otros despojos de las

(2) Proceso de los asesinos del general Brea, declaraciones de Boudot, Delahaye, Foucaut, Armagnac, Viel, Gobert y Desmaretz (*Gazette des Tribunaux*, 20, 21, 23, 24 y 26 de enero de 1849).

víctimas. Complaciáanse, sobre todo, en enseñar la espada de Brea: en la hoja de aquella arma extraviada en manos tan impuras, se leía esta inscripción: «Regalada al bizarro Brea en memoria de la batalla de Waterloo (1).»

Las guerras civiles engendran los grandes crímenes; pero suscitan también las grandes abnegaciones. Como para consolar á la humanidad afligida, quiso Dios revelar por medio de un memorable ejemplo el poder del heroísmo inspirado por la fe. En el momento en que el general Brea caía bajo los golpes de sus asesinos, el arzobispo de París, monseñor Affre, abandonaba su palacio episcopal para conjurar la guerra civil y para morir á causa de ella. A juzgar solamente por las apariencias, aquel paso había de sorprender. Sacerdote instruido é irreprochable, monseñor Affre huía de la lucha con el mismo cuidado que la buscan otros. El carácter dominante de su natural era el horror al ruido, la aprensión de los conflictos, el amor á la vida retirada. Pero los humildes y tranquilos saben cumplir como nadie cuando el deber les llama á la acción. Como la insurrección se prolongaba, el arzobispo recordó que, ocho años antes, al tomar posesión de su sede, prometió ofrecerse como víctima si era necesario. El 25 de junio por la tarde determinó presentarse en el arrabal de San Antonio, foco de la insurrección, con el objeto de desarmar los odios, si le era posible. Una circunstancia particular le afirmó en sus propósitos. Al disponerse á partir, algunos jóvenes, católicos fervientes, se le acercaron y, con el ardor de su edad y de su fe, le expusieron que la intervención del pontífice en medio de aquellos trastornos civiles no podía menos de ser sumamente provechosa para la Iglesia y para la patria; entre ellos había el profesor de la Sorbona, Sr. Ozanam, ya casi ilustre. Satisfecho de ver aprobada su inspiración, el arzobispo no quiso diferir su partida un solo instante. Pero, fiel siempre á su aversión al boato, dijo: «Voy á ponerme de sotanilla para que no me reconozcan y me indicarán el camino.» Los jóvenes insistieron para que vistiese la sotana morada y ostentase sobre el pecho la cruz pastoral: «Haré como queráis,» contestó con sencillez (2). Y se revistió de sus insignias como un soldado se arma para el combate.

Monseñor Affre se dirigió desde luego, no hacia el teatro de la lucha, sino hacia la Asamblea. Era demasiado respetuoso de la autoridad civil para prescindir de su asentimiento, y quería que el jefe del poder ejecutivo tuviese conocimiento del paso que iba á dar y lo aprobase. El general Cavaignac tenía, si no el sentido de las cosas cristianas, al menos el sentido de las cosas heroicas; expuso al arzobispo lo peligroso de su empresa, y como el prelado mostró una firmeza inalterable, el general alabó su valor. Pocas horas antes, éste había redactado, de acuerdo con Sénart, una proclama en que, con una insistencia conmovedora, conjuraba á los obreros que depusiesen las armas y repudiaba toda idea de represalias; remitió á monseñor Affre, para facilitar su misión, un ejemplar de aquella proclama. El arzo-

(1) Proceso de los asesinos del general Brea, declaraciones de Delabre y Pichennot (*Gazette des Tribunaux*, 25 y 27 de enero de 1849).

(2) *Vie de M. Frédéric Ozanam*, por M. C. A. Ozanam, página 393.—Carta de M. León Cornudet, 8 de julio de 1848.

bispo regresó á su casa, tomó algún alimento, se confesó como si se preparase á morir y partió hacia los barrios sublevados. No queriendo que nadie se expusiese por él, había despedido al Sr. Ozanam y á sus compañeros que solicitaban con insistencia el honor de servirle de escolta. Únicamente le acompañaban dos de sus vicarios generales y su criado, Pedro Sellier. Eran las seis de la tarde.

Viendo pasar al arzobispo á pie, hacia la Bastilla, la emoción embargó todos los corazones. Se le acercaban los guardias móviles y, á pesar del escepticismo que reinaba generalmente en ellos, le presentaban las armas pidiéndole su bendición: tal era la impresión de la solemnidad del momento. Los oficiales trataban de hacerle desistir de su propósito, exponiéndole los peligros que iba á correr. Muchas mujeres, creyendo que iba á las ambulancias, le ofrecían hilas y trapos. El continuaba su ruta, visitando de paso á los heridos, consolando á los moribundos, prodigando á todos palabras de dulzura.

Llegó cerca de la Bastilla. En los contornos de esta plaza todo era duelo. Acababan de llevarse lejos del campo de batalla al general Negrier, que había muerto, y al representante Charbonnel, que iba á morir. La lucha duraba hacía horas sin resultado decisivo. Los insurrectos, sin embargo, empezaban á comprender su aislamiento y mostraban algún cansancio; este cansancio se traducía á veces en cierta flojedad en la defensa. Mientras tanto, el sol declinaba en el horizonte sin que nada permitiese asegurar que el fin de la jornada marcaría el fin de la batalla.

El general Perrot, que había de suceder á Negrier, no había llegado aún. El prelado se dirigió al coronel que estaba interinamente encargado del mando y le suplicó que ordenase suspender el fuego: «Me acercaré sólo á esos infelices á quienes han engañado, le dijo; espero que reconocerán mi sotana morada y la cruz que llevo sobre el pecho.» Suspendióse el fuego de parte de la tropa; los insurrectos no tardaron en suspenderlo á su vez. A merced de esta tregua tácita, el arzobispo se internó en la plaza; precedíale un joven, llamado Bréchemin, con una bandera blanca en señal de paz, y le seguían su criado y algunos guardias nacionales que se empeñaron en protegerlo. Adelantóse hasta la gran barricada que cerraba la entrada de la calle del Faubourg de San Antonio. Muchos insurrectos bajaron á la plaza; varios soldados, deseosos de fraternizar, avanzaron también. El arzobispo habló procurando inclinar los corazones á la reconciliación.

Todo hacía esperar el éxito de aquella tentativa. De pronto una mala inteligencia funesta hizo romper de nuevo las hostilidades. Mientras el arzobispo realizaba su piadosa misión, el representante Beslay, que vivía en el barrio y que dos días antes había sido investido de plenos poderes para pacificar el distrito, reunió en torno suyo, en otro punto de la plaza, algunos delegados de los rebeldes, á quienes dió á conocer la proclama del general Cavaignac, aconsejándoles que depusiesen las armas. Algunos dudaban, empero, de la autenticidad de aquel documento: querían que llevase la firma del general. Beslay insistía, proponiendo quedar en rehenes hasta que la proclama firmada llegase del palacio de la Asamblea. La discusión se acaloró degenerando en tumulto. Beslay, molestado por las apreturas